

LILA PRASANGA (SEGUNDA PARTE)

CAPÍTULO XI

LAS PRÁCTICAS TÁNTRICAS

La visión mística de la Brahmani

La Brahmani no llegó a la conclusión mencionada en el capítulo anterior solamente por el conocimiento o por la inferencia. Recordará nuestro lector que en el primer encuentro, la Brahmani le había dicho a Thakur que ella tenía que ayudarlo, así como a otros dos, en el sendero espiritual. Este mensaje lo había recibido mucho antes de haberse encontrado con Thakur. Por eso es comprensible que la visión mística producida por las prácticas era lo que la había guiado hasta Dakshineswar, y que por efectos de esa visión había podido formarse una opinión sobre Thakur. Más aún, desde que llegó allí y comenzó a conocerlo íntimamente, se dio cuenta, con toda claridad, de qué forma tendría que ayudarlo en sus prácticas espirituales. Así es que no desperdició su tiempo en modificar la opinión errónea que tenía la gente sobre él y se dedicó a ayudarlo en las prácticas recomendadas por los textos sagrados para que Thakur, por la divina gracia de la Madre, llegara a establecerse firmemente en el estado divino.

Thakur y las prácticas tántricas

La Brahmani, que era una practicante muy avanzada, comprendió rápidamente que la razón por la cual Thakur no tenía una convicción de su propio estado elevado era que había logrado la visión divina sólo mediante su intenso fervor y amor, y no por el sendero indicado en los textos sagrados, que contienen las palabras orientadoras de los maestros. Entonces comenzó a animarlo para que hiciera las prácticas aconsejadas en los Tantras, las que le quitarían sus momentáneas dudas definitivamente; dudas que lo hacían sufrir tanto respecto de sus visiones divinas, y a las que, por momentos, las consideraba como efecto de su alteración mental o de alguna otra enfermedad. Ella pensaba que Thakur progresaría firmemente hacia la meta al estar seguro de que sus extraordinarias visiones y percepciones eran los lógicos resultados de las prácticas debidamente hechas.

Al comprobar los dichos del Tantra mediante el resultado de las propias prácticas, el *sadhaka* va adquiriendo la convicción de que los cambios físicos y mentales son el producto del progreso en las prácticas. Los libros sagrados recomiendan al *sadhaka* verificar sus propias realizaciones con las palabras del gurú y los textos sagrados.

A partir de lo dicho puede surgir la siguiente reflexión: *Si la Brahmani sabía que Thakur era una gran alma, que era una Encarnación, entonces, ¿por qué lo animó para que hiciera nuevas prácticas? Para el dotado de cualidades divinas, no tiene sentido hacer prácticas espirituales pues se considera que ha llegado a la plenitud.*

En respuesta diremos que la Brahmani no estaba establecida en sus convicciones. Además, desde su primer encuentro con Thakur, ella lo quería como a un hijo, y el amor maternal se caracteriza por hacer olvidar las grandezas del hijo para poder dedicarse a proporcionarle solo bienestar. Fue su puro amor maternal lo que la urgió a someter a Thakur a las prácticas. Así ha sucedido con todos los hombres divinos y con las Encarnaciones. Vemos que las personas que estaban íntimamente relacionadas con ellos, aunque quedaban estupefactas al ver sus manifestaciones divinas, al instante

lo olvidaban y, por el amor humano que sentían por ellos, los trataban como a seres comunes y se dedicaban a cuidarlos y darles bienestar. Por esta misma razón, aunque la Brahmani por momentos se maravillaba de las manifestaciones divinas en Thakur, su cariño maternal, su devoción y su fe le hacían olvidar todo y, unas veces suavemente y otras con severidad, alentaba a Thakur para que siguiera con sus prácticas, pero siempre con el único propósito de que se sintiera dichoso.

Cuando se presenta la oportunidad de enseñar a un digno discípulo, el corazón del maestro, naturalmente, se llena de alegría y satisfacción. Por eso, al tener la oportunidad de instruir a un discípulo como Thakur, la Brahmani desbordaba de alegría. Además, su puro amor maternal hacia Thakur, la urgía a hacerle realizar rápidamente todo lo que ella había logrado por sus lecturas y sus prácticas.

Las prácticas y su intensidad

Hemos oído de sus propios labios que, antes de iniciar sus prácticas tántricas, Thakur solicitó y recibió el consentimiento de la Madre Divina para hacerlas. Así es que, no solo fue el estímulo de la Brahmani lo que le hizo seguir con las prácticas, sino más bien fueron sus visiones místicas las que le hicieron sentir íntimamente que había llegado la hora de realizar a la Madre siguiendo las instrucciones de las escrituras sagradas.

La mente de Thakur, entrenada en la dedicación a un único Ideal, ahora se volcó plenamente a las prácticas que le encomendaba la Brahmani. Carecemos de la capacidad para medir su fervor y la profundidad de esa clase de dedicación. Porque, ¿dónde está en nuestra mente, ocupada en las cosas del mundo, la idea de un único propósito y la actitud de retirarla de todo lo demás? ¿Dónde encontrar en nosotros ese extraordinario coraje para sumergirnos en la búsqueda hasta el fondo de la mente, dejando de lado todo tipo de divagaciones superficiales? ¡Cuántas veces!, lo recuerdo muy bien, Thakur nos animaba, diciéndonos: “Sumérjanse profundamente; sumérjanse en ustedes mismos.” ¿Cómo encontrar ese enorme esfuerzo para sumergirnos profundamente en el océano de la espiritualidad, arrancando todo nuestro apego a los goces terrenales y al afecto que sentimos para con nuestra propia persona y las demás relaciones? Cuando veíamos que Thakur, angustiado, restregaba su rostro contra el suelo y llorando decía: “¡Oh Madre, hazte visible!”, y no cesaba su intenso fervor aun con el pasar de los días; esas palabras penetraban en nuestros oídos sin causar la menor impresión en nuestros corazones. Y, ¿cómo podía ser de otra manera? ¿Acaso nosotros creíamos, tan sencilla y llanamente, como creía Thakur, que existe realmente la Madre Divina y que uno puede tener la bienaventuranza de su visión si, abandonando todo, se la llama con todo el fervor del corazón?

Cierto día, en Kashipur, Thakur nos dejó maravillados con solo darnos una idea parcial de su intenso fervor durante el período de sus prácticas. No sabemos hasta qué punto podemos hacer llegar a nuestro lector aquello que nosotros sentimos en ese momento. Pero, a pesar de eso, narraremos aquí el hecho:

En aquel tiempo vimos la manifestación del intenso fervor de Swami Vivekananda por lograr la visión de Dios. Había ido a la Universidad a pagar la matrícula para dar el examen de Derecho cuando se despertó súbitamente en él la conciencia espiritual. Sufriendo terriblemente, corrió descalzo por las calles de la ciudad hasta llegar a los pies de Thakur. Como una persona que hubiera perdido totalmente el control, volcó todo su sufrimiento ante él y recibió su bendición. También vimos cómo pasaba sus noches sin comer y sin dormir, en profunda meditación, yapam,

cantos sagrados y lectura y discusión de temas espirituales. Por el ardiente fervor de sus *sadhanas*, su tierno corazón se endureció y se volvió indiferente hacia su madre y sus demás familiares. Así avanzó firmemente por los senderos indicados por Thakur, logrando, luego de varias visiones, y en tres o cuatro meses, el *nirvikalpa samadhi*¹.

Todo esto ocurrió ante nuestros ojos, y nos dejó maravillados y asombrados. Thakur, con gran alegría, lo animaba diariamente y alababa sus esfuerzos. Cierta día, comparando su fervor con el de Swamiji, nos dijo: “Sí, es realmente extraordinario el fervor y el amor a Dios que posee Narendra, pero comparado con la intensidad que había aquí (señalando su propia persona), lo de Narendra no es siquiera la cuarta parte”. El lector bien puede imaginar nuestros sentimientos al escuchar esas palabras.

Sea como fuere, por indicación de la Madre Divina y olvidándose de todo, Thakur se sumergió en su *sadhana*. La *Brahmani*, muy versada en las prácticas tántricas buscó con mucho empeño, todo lo necesario para llevarlas a cabo. Dándole los consejos apropiados, lo ayudaba de todas las maneras. Sentado sobre uno de los dos asientos de mampostería preparados para tal efecto, Thakur pasaba su tiempo en yapam, meditación y *purascharam*².

Y así, durante varios meses, aquel maravilloso *sadhaka* y su digna compañera, se olvidaron del paso de los días y de las noches. Decía Thakur:

Durante el día, la *Brahmani* iba caminando a lugares distantes en busca de objetos difíciles de encontrar. Por las noches preparaba todo debajo del árbol de *bel* o del *Panchavati* y me llamaba. Allí me hacía adorar a la Madre Divina con esos objetos, y luego me decía que hiciera yapam y que meditara. Pero a menudo, luego de la adoración, no podía seguir con el yapam; la mente se interiorizaba tan profundamente que, apenas comenzaba a pasar el rosario, entraba en *samadhi*. Así comprobaba por los resultados, lo mencionado en los textos sagrados. En aquellos días, no había límites para las visiones y percepciones. La *Brahmani* me hizo practicar todo lo que está mencionado en los sesenta y cuatro Tantras. Son prácticas sumamente difíciles, haciendo las cuales, la mayoría de los practicantes caen, pero, por la misericordia de la Madre, pude hacerlas bien.

Cuando la *Brahmani* me indicó una práctica sumamente difícil, llorando y con temor, le dije a la Madre: “¡Oh Madre! Yo me he refugiado en Ti, ¿qué clase de mandato me das? Soy tu hijo, ¿de dónde sacaré esa intrepidez?” Al decirlo, mi corazón se llenó de una fuerza divina y como poseído, y sin saber lo que estaba haciendo, pronunciando el mantra, realicé la práctica ordenada y en seguida entré en *samadhi*. Cuando volví a la conciencia normal, la *Brahmani* me dijo: “Hijo mío, ya ha terminado el culto. Muchas personas, con mucho esfuerzo, pueden completar el período de su yapam, pero tú entraste en *samadhi* perdiendo toda conciencia del cuerpo”. Oyendo eso sentí un gran alivio y salud repetidas veces a la Madre Divina por haberme permitido lograr esa victoria.

De esta manera, hasta el *purnabhisheka*³, la *Brahmani* me ayudó a hacer innumerables prácticas. No las recuerdo a todas. Durante el largo período de esa clase de *sadhana* heroica, en mi mente se grabó firmemente la idea de que toda mujer es mi madre; además, no podía probar ni una gota de alcohol (*karana*). Esta palabra también significa “la causa”. De solo sentir el olor y oír pronunciar “*karana*”, surgía en mí el concepto de la Gran Causa del universo y perdía toda conciencia externa. Oyendo la palabra que designa el órgano creador femenino, surgía en mí el concepto del principio de la creación y entraba en *samadhi*.

¹ Nirvikalpa samadhi: Término de la filosofía Vedanta que se refiere al estado trascendental de conciencia en el cual el aspirante se funde completamente en Brahman, la Conciencia Suprema, desapareciendo cualquier sentimiento de dualidad.

² Purascharam: Práctica que consiste en aumentar diariamente la repetición de la fórmula mística de a mil durante la mitad de un ciclo lunar, para luego decrecer en la misma proporción.

³ Purnabhisheka: Iniciación completa en los ritos tántricos.

Ganesha, el conocedor entre los conocedores

Cierto día, cuando vivía en Dakshineswar, al mencionar que toda mujer representa a la Madre Divina, nos relató una historia de los Puranas. El relato se refería a Ganapati o Ganesha, el rey de los conocedores realizados, quien estaba firmemente convencido de que toda forma femenina es una manifestación de la Madre. Hasta entonces, nosotros no sentíamos gran respeto ni fe hacia esa deidad barrigona y con cara de elefante. Pero desde que escuchamos esos relatos, sentimos firmemente que Ganesha merece ser adorado antes que a muchas otras deidades.

Cierta vez, cuando era niño, Ganesha estaba jugando y en eso vio una gata. El muy juguetón comenzó a fastidiarla y, pegándole, la lastimó. La gata se escapó para poner a salvo su vida. Más tranquilo, Ganesha se acercó a su madre, la divina Parvati, y vio que su cuerpo presentaba las heridas que él le había producido a la gata. Muy apesadumbrado, el niño preguntó a su madre cuál era la causa de eso y Ella, muy triste, le dijo: “Tú me has hecho esto”. Ganesha, que quería mucho a su madre, se sorprendió al oír sus palabras y sintiéndose muy afligido, y llorando, le dijo: “Pero, mamá, ¿cuándo te he hecho eso? ¿Cuándo te he pegado?”. “Tampoco recuerdo haber hecho algo tan malo para que tuvieras que ser castigada por culpa de tu inconsciente hijo”. Entonces, la Madre Divina le respondió: “Trata de hacer memoria. Recuerda si hoy no le has pegado a algún ser”. Dijo Ganesha: “Sí, lo he hecho. Hace un rato le pegué a una gata”. Entonces, Ganesha comprendió que la gata era de su madre y comenzó a llorar. La Madre, cariñosamente, lo tomó en su regazo y le dijo:

Has comprendido mal; nadie le ha pegado a este cuerpo mío, pero Yo vivo en todos los seres. Por eso ves las heridas de la gata en mi cuerpo. No llores más por lo ocurrido ya que lo has hecho sin saber. Pero desde ahora en adelante, no te olvides de que toda forma femenina ha surgido de Mí, y las masculinas de tu Padre. En el universo no hay más que el principio masculino (Shiva) y Shakti.

Ganesha, atesoró para siempre esas palabras en su corazón, y cuando llegó a la edad de casarse, pensando en que tendría que casarse con su propia madre, no consintió permaneciendo célibe durante toda su vida, y realizando que el universo es la manifestación de Shiva y Shakti, se convirtió en el principal conocedor entre todos los conocedores.

A continuación nos relató otra historia en la que se describía la profundidad del conocimiento de Ganesha. Cierta vez, la Madre Divina Parvati llamó a Ganesha y a su hermano Kartikeya y mostrándoles un precioso collar les dijo: “El que regrese primero después de dar la vuelta al universo recibirá el collar”. Kartikeya, cuya cabalgadura era el pavo real, sonrió burlescamente y mirando a su hermano mayor, Ganesha, cuya cabalgadura era el ratón, pensó- “Ya he ganado el collar” -y partió. Ganesha, mucho más tarde, viendo por el ojo del Supremo Conocimiento que el mundo está compuesto por los principios Shiva y Shakti y que estos moran en sus mismos cuerpos, dio una vuelta, lentamente, alrededor de Ellos, los saludó y se sentó tranquilamente. Cuando Kartikeya regresó, la Madre decidió que Ganesha había ganado el collar y con mucha ternura lo colocó en su cuello.

Después de estos relatos, Thakur nos dijo: “Yo también considero a toda mujer como la Madre, y por eso, teniendo la visión de la Madre del Universo en una mujer casada, la adoré y me prosterné ante sus pies”.

No hemos oído hasta ahora que haya habido algún sadhaka que haya hecho sus prácticas según la escuela heroica del Tantra y que haya considerado a la mujer como

madre. Hasta el momento, todo practicante de esta escuela ha tomado una compañera. Tenían la convicción de que para conquistar la meta y la Gracia de la Madre Divina era imprescindible la compañera. Era frecuente que para satisfacer su carnalidad, o basados en esa idea errónea, y en nombre de prácticas religiosas, no vacilaban en llevar una vida carnal con mujeres. Por eso, la gente repudia las prácticas tántricas. Solamente Thakur, la maravillosa Encarnación de esta época, hablando de sí mismo, nos había dicho repetidas veces que jamás, en toda su vida, ni en sueños, había tenido relación con una mujer. Por lo tanto, esto nos hace suponer que la Madre Divina tuvo un propósito especial al dejar que Thakur, que era tan puro y consideraba a toda mujer como madre, practicara esa forma de culto.

El propósito de las prácticas tántricas

Nos decía Thakur que el éxito en cada una de esas prácticas lo obtenía en tres días: “Para tener éxito en cualquier práctica, yo rogaba fervorosamente a la Madre y dentro de los tres días conquistaba la meta”. Se ve claramente por sus rápidas realizaciones que no es imprescindible aceptar la compañía de una mujer o beber alcohol o comer ciertas cosas para llevar a cabo esas prácticas heroicas. Solamente aquellos sadhakas que no tienen suficiente control hacen esas cosas. Los mandamientos de los textos tántricos a favor de esas prácticas demuestran su indulgencia esperando que algún día, el sadhaka llegue a fijar su mente en la verdadera meta y logre la sublimación de su vida. Por eso comprendemos que el verdadero significado de los mandamientos es que, por los constantes esfuerzos y el control, uno pueda considerar como manifestaciones divinas a los objetos e ideas de los sentidos, que son los que atraen a la gente y la alejan de Dios, y así alcanzar a través de ellos la visión divina.

Considerando el grado de control y el concepto de que Dios es todo, el Tantra ha clasificado al sadhaka en tres grupos según su mentalidad -animal, heroica y divina-, y ha aconsejado las prácticas según su preparación. Con el correr del tiempo, la gente olvidó que la base para tener éxito es el absoluto control y, por las prácticas erróneas de los ignorantes sadhakas, el Tantra fue atacado y despreciado. Así es que, por un lado vemos que las prácticas tántricas de Thakur, y el hecho de considerar a toda mujer como madre, han dado una idea clara a los futuros practicantes de cómo tienen que encarar su sadhana, y, por otro, reestableció la pasada gloria de esa escuela.

Aunque Thakur había hecho las muy místicas prácticas del Tantra durante tres o cuatro años seguidos, no creemos que él le haya contado a alguien sobre esas prácticas en todos sus detalles. Pero, para animarnos a proseguir la marcha en el sendero, a veces, a alguno de nosotros, nos hablaba algo de esas prácticas, o bien, considerándolo una necesidad particular en casos muy raros, hizo practicar alguna de esas sadhanas. Así podemos comprender mejor que la Madre Divina le había hecho conocer bien ese sendero para que él, en el futuro, pudiera fácilmente ayudar a todos al conocer íntimamente los resultados de las diferentes sadhanas, y teniendo en cuenta el temperamento de cada uno de los aspirantes. Más adelante veremos cómo animaba a todos los que tomaban refugio en Él, y el lector, entonces comprenderá y justificará todo lo que hemos dicho.

Además de contarnos algo sobre las prácticas tántricas, Thakur nos hablaba a veces sobre algunas de las realizaciones y visiones que tuvo en esa época. Vamos a narrarlas aquí:

Decía que durante el período de las prácticas tántricas, su naturaleza anterior había sufrido un cambio radical; sabiendo que la Madre Divina en ocasiones toma la forma de chacal y el perro es la montura de Bhairaba (un aspecto de Shiva) Thakur solía

comer las sobras de la comida de esos animales, sin vacilar ni sentir repugnancia, como si fuera santificada. Al hacer el culto de la ofrenda de sí mismo (se hace ante el fuego) a los benditos pies de la Madre Divina, se había visto a sí mismo cubierto por el fuego del conocimiento, interna y externamente. También había visto cómo se despertaba la *kundalini* y luego subía hasta la cabeza; cómo los lotos de los distintos centros ubicados en el canal yóguico que se halla en la columna vertebral dirigían sus pétalos hacia arriba y a medida que se iban abriendo él tenía la percepción de la dicha correspondiente a cada loto. Había visto que un Ser luminoso, entrando en ese canal llamado sushumna, hacía abrir esos lotos tocándolos con su lengua.

Swami Vivekananda en cierto período de sus prácticas, siempre que se sentaba a meditar veía un triángulo luminoso que le parecía viviente. Un día, al contar esa visión, Thakur le dijo: “Pero muy bien. Tú has visto el órgano del cual nacen los mundos. Yo también lo veía cuando meditaba bajo el árbol de bel. Veía que ese órgano estaba dando a luz a innumerables mundos”.

En esa época, Thakur también había escuchado el gran sonido cósmico del Pranava (OM), que es la suma total de todos los sonidos de los distintos mundos. Algunos de nosotros hemos oído de sus propios labios que en ese tiempo conocía el significado de todos los sonidos que emiten los animales y los pájaros. También había sentido en su persona la presencia de los ocho poderes divinos, como reducirse al estado atómico, hacerse más liviano que el aire, etc. Cuando a instancias de Hriday fue a preguntar a la Madre Divina qué debía hacer con esos poderes, Ella le dio a entender que eran tan despreciables como el excremento de una prostituta. Thakur solía decir que después de esa visión, el solo oír de esos poderes sobrenaturales (*siddhis*) le causaba profundo desprecio.

Recordamos ahora un suceso relacionado con esos poderes cuya presencia Thakur sentía en sí mismo. Cierta día llamó a Swamiji aparte, debajo del Panchavati, y le dijo: “Mira, tengo en mi persona los ochos poderes extraordinarios. Desde hace tiempo he decidido no usarlos y no veo la necesidad de hacerlo. Tú tendrás que hacer muchas cosas, como predicar la religión, y he pensado en darte esos poderes. Recíbelos”. Swamiji le preguntó: “Señor, ¿esos poderes me ayudarán a alcanzar a Dios?” Cuando Thakur le explicó que si bien esos poderes lo ayudarían en sus prácticas y en otros trabajos, no lo iban a beneficiar en el campo espiritual, Swamiji se negó a aceptarlos. Swamiji nos contó que ante su negativa, Thakur se sintió muy complacido con él.

Cuando surgió en la mente de Thakur el deseo de ver a Maya, la suprema hechicera de la Madre Divina, vio que una mujer de extraordinaria belleza surgió en medio del Ganges y que, con paso lento, se dirigía hacia el Panchavati. Estaba embarazada y pronta a dar a luz. Luego vio que la mujer daba a luz un hermoso niño al que amamantó con mucho cariño. Al rato vio que, tomando un aspecto terrible, devoró al niño y desapareció en el mismo río.

En esa época, Thakur había visto innumerables formas de la Madre; algunas tenían diez brazos, otras menos y las había que tenían solamente dos como los seres humanos. De varias de Ellas había recibido especiales consejos. Nos decía que aunque todas eran bellas, ninguna podía compararse con la belleza de Shorhashi. Decía Thakur: “He visto que del cuerpo de Shorhashi o Tripura, la belleza emanaba como oro líquido y se esparcía por todos lados”. Además había visto a Bhairaba y otras formas divinas. Todo ello nos ha convencido de que el ser humano está imposibilitado de narrar en su totalidad las innumerables visiones y percepciones que Thakur tuvo en el período de sus prácticas tántricas.

De sus propios labios hemos escuchado que, desde la época de sus prácticas

tántricas, el canal místico *sushumna* quedó completamente abierto, y él quedó establecido para siempre en el estado de pureza de un niño. A partir de la última parte de su sadhana, no podía llevar ninguna vestimenta, ni siquiera el cordón sagrado, sobre su cuerpo. A menudo éstos quedaban tirados en cualquier lado sin que él se diera cuenta. No creemos necesario decir que, como su mente permanecía absolutamente absorta en los benditos pies de la Madre, él había olvidado la sensación corpórea. Repetidamente nos decía que no actuaba así deliberadamente, ni copiaba a otros *Paramahansas*⁴. Nos decía que al término de esas prácticas, su conciencia de lo Uno había aumentado tanto que hasta los objetos que desde su niñez había considerado insignificantes y despreciables, ahora los veía como siendo puros y divinos. Decía: “Para mí eran igualmente divinas la hoja de *tulasi* (con la que se adora a Vishnu) y la hoja de *sayani* con la que uno come”.

Desde esa época, y durante algunos años, su belleza física había aumentado tanto que llamaba mucho la atención. Eso le causaba tanto fastidio a su mente que él, que no tenía ni rastros de vanidad, le pidió con anhelo a la Madre Divina que le quitara esa belleza diciéndole: “Madre, yo no tengo ninguna necesidad de esta belleza; llévatela y dame la belleza interior de la espiritualidad”. Más adelante relataremos cómo la Madre retiró esa belleza de su cuerpo.

La *Brahmani* había ayudado mucho a Thakur con las prácticas tántricas, y él también ayudó a la Brahmani a lograr la plenitud de su vida espiritual. Más adelante contaremos que la Brahmani sola, sin la ayuda de Thakur, no hubiera podido quedar establecida en la Suprema Consciencia. Su nombre era Yogeshwari y Thakur decía que ella era la manifestación parcial de la Madre Divina como Yogamaya.

Cuando se estableció en la vida divina por las prácticas del Tantra, Thakur supo algo más: por la gracia de la Madre Divina realizó que en el futuro, muchas personas llegarían a él para solicitarle ayuda en la vida espiritual y serían bendecidas. Había hablado de esto con mucha reserva a Hriday y a Mathur. Este último, con gran alegría, le había dicho: “¡Padre! ¡Qué dicha gozaremos los que vivamos en su compañía!”.

⁴ Paramahansas: Monjes que han realizado al Ser Supremo.